

ALGUNAS CREENCIAS FAMILIARES EN LA VIDA DE UNA MUJER

Adiela Mendoza Alvarado de Trujillo

INTRODUCCIÓN

He validado a través de mi ejercicio profesional como terapeuta, que la historia de cada uno nos determina hasta cierto punto y que es allí donde aprendemos a vivir en los sujetos que hoy pretendemos ser. Las creencias constituidas en la historia de nuestros genitores y los genitores de estos se van transmitiendo de tal forma que nos llegan y en muchas ocasiones dirigen nuestra vida. La manera como cada uno de nosotros relata su historia, va dando «cuenta» de cómo ha construido sus afectos, experiencias, ideas, sensaciones, emociones y creencias; cuál es la «realidad» que ha elegido vivir y de cuáles creencias se vale para encarar la vida.

A través del trabajo con personas y familias que acuden a mi consultorio y en el ejercicio de acercarme a la historia de una paciente, me llamó la atención un fragmento de su relato que tenía relación con algunas de sus creencias. Pretendo en este escrito presentar la relación de algunos de los planteamientos de las experiencias vividas por la paciente y mis elaboraciones teóricas sobre el tema, desde el planteamiento central del sujeto relacional constituido en la interacción social. Mi expectativa es posibilitar la reflexión sobre cuántas de nuestras creencias familiares nos determinan, para que una vez identificadas, se puedan modificar en beneficio del paciente a través de un trabajo terapéutico.

UNA MUJER

«María»(*) (45 años), profesional especializada, casada hacia 20 años con «Mario»(*) (50 años), también profesional con un doctorado, comentó tener tres hijos en su matrimonio y ser, en general, feliz aunque con ciertas «peleas y alejamientos de pareja por imposiciones de su esposo» que no toleraba y que le creaban algunos conflictos porque decía rechazar «el

machismo». Esto se daba cuando los dos no aclaraban una decisión y entonces el esposo decidía sin tener en cuenta la opinión de ella lo cual le molestaba mucho porque ella se sentía ignorada. Decía que no sucedía con mucha frecuencia, pero si habían tenido algunas peleas por esta razón y los dos se quedaban silenciosos; el esposo empezaba entonces a llegar tarde o a no acompañarla a las salidas y ella sentía que él le quería imponer su idea así, se ponía de mal genio y le reclamaba; hablaban y se arreglaba la situación.

El trabajo de «María» era por medio tiempo, dedicando el otro tiempo a compartirlo con sus hijos: «Manuel» (18); «Mario José» (15) y «María Isabel» (12). Expresaba tener buenas relaciones con sus hijos y haberlos educado basada en la creencia de que *«tanto los hombres como las mujeres debían tener los mismos derechos y obligaciones»*.

Al hablar sobre la relación de pareja de sus padres expresó: *«que fue marcada por el dominio de su padre, quien tenía toda la autoridad y su madre, quien dependía de él»*. Su padre, encontraba en su esposa, el *«ideal de la madre para sus hijos»*. El *«era de la calle»* así lo decía, dándose la libertad de hacer todo lo que quisiera en la calle y *«ella era de la casa»*, cuidando los hijos y atendiendo el hogar. El mandaba y ella obedecía. Su madre aceptaba estas denominaciones.

«Sus padres tuvieron seis hijos, con una separación mínima entre hermanos de un año y máxima de 3. Ella era la segunda hija mujer». La relación entre sus padres estaba igualmente marcada por muchas ausencias del padre, quien se divertía constantemente *«en la calle»*, sin la madre, con sus amigos y amigas y muchas lágrimas, angustia y soledad de su madre, quien siempre tenía trabajo *«en la casa con sus hijos»*.

María y su hermana mayor Lilia, fueron enviadas a Cali a un prestigioso colegio a estudiar la primaria, mientras los padres y el resto de hermanos más pequeños se quedaban en una propiedad campestre en las afueras de la ciudad. Ellas visitaban a sus padres cada vez que les era posible. En esas salidas a su casa era usual encontrar a su madre *«enferma»* ante la ausencia de su padre o en su presencia cuando él regresaba de sus *«salidas»*.

A partir de las anteriores situaciones y ante las demandas de su madre, María se convertía en quien le buscaba y le suministraba sus medicinas en sus momentos de *«enfermedad»*. Se le hizo responsable por su *«mejoría»* y ella asumió esta responsabilidad; Lilia intentaba *«ayudarle»*, pero su madre, por razones que ella no entendía, desconocía e invalidaba los esfuerzos de ella por lograr hacer lo mismo. María era, entonces, *«la que se preocupaba por su madre»*. Esta creencia se incrustó de tal manera en su vida que ante cualquier enfermedad real o imaginaria de su madre, se sentía culpable porque a la vez que ella era *«quien le ayudaba a su madre»*, también era *«la que no tenía en cuenta»* a su hermana y si no corría a atender a su madre era, entonces, *«la mala del paseo»*.

Esta situación se dio por muchos años durante su niñez. Crecieron, terminaron los estudios de bachillerato y entraron a la Universidad a estudiar sus carreras profesionales.

Lilia había muerto hacía 24 años, en un accidente automovilístico a la edad de 22 años, cuando la paciente tenía 21 años y estaba finalizando los estudios de carrera profesional. A partir de este hecho, ella después de un año, se había trasladado a otro país a hacer estudios de maestría, en donde conoció al hombre con el cual se casó. Regresaron a establecerse en Colombia en donde nacieron sus tres hijos. En ese entonces, el padre de la paciente había muerto hacía tres años y su madre tenía al momento de la consulta, 70 años y se encontraba muy enferma. Los sentimientos de María eran contradictorios: de preocupación por el estado de salud de su madre y deseos de estar cerca, pero también de alejarse con sentimientos de «rechazo» a la situación. Esta confusión siempre le había generado conflictos con sus hermanos, porque no «podía» asumir las demandas del grupo de estar más cerca de su madre y no se explicaba que era lo que pasaba con ella. Igualmente se le presentaban simultáneamente en esos momentos «peleas y alejamientos con su esposo» que le dolían mucho. La angustia y ambivalencia de sentimientos frente al momento que vivía la llevaron a solicitar la consulta terapéutica.

El trabajo terapéutico desarrollado la enfrentó a su historia y a las creencias configuradas en ella de sentirse la «responsable» de su madre. Identificó cómo la «enfermedad» de su madre disparaba en ella «rechazo, angustia y culpa», sentimientos entremezclados en el tejido de sus creencias familiares. Las «idas de su padre de la casa» las revivía con los alejamientos con su pareja que de alguna forma le posibilitaban autocastigarse. Descubrió igualmente como buscaba autosanarse educando a sus hijos hombres y a la mujer con iguales derechos y obligaciones como ella no lo había vivido en su historia. Estos encuentros la ayudaron a manejar la angustia que le generaba la enfermedad de su madre, a definir límites con ella, con su padre y hermana fallecidos, y empezar a trabajarlos con su grupo fraterno. Todas estas creencias le habían afectado su rol de mujer, su relación de pareja y su rol de madre, logrando con el trabajo terapéutico realizado hacer modificaciones que le posibilitaron otro discurso, otra realidad y fundamentalmente, otros manejos interaccionales con menos angustia y culpa.

(*) Los nombres han sido modificados en aras de la confidencialidad del trabajo terapéutico.)

CREENCIAS FAMILIARES

Seguramente serán muchas las definiciones que sobre el concepto de creencia se manejen, unas relacionadas con la fe, con la religión; otras con lo mítico, esotérico, espiritual y

«grandes verdades» que indudablemente atraviesan la cultura.

Dice Julio Caro Baroja en su libro «Las brujas y su mundo» refiriéndose a las diferencias determinantes y a veces tajantes entre los mitos y la religión, que diversas escuelas han estudiado el origen de los mitos, de los ritos, etc. identificando aspectos llamados «poemáticos» y sociales. Plantea que la religión como sistema consta de cuatro aspectos denominados desde la terminología griega como «Mythos», «Logos», «Ethos» y «Eros». Que en cada

«...sistema religioso lo que es mítico, lo que se ajusta a razón, y lo que se ajusta a moral y a reglas sociales de amor desamor son partes estrechamente unidas entre sí.»(BAROJA, 1993:21)

Es decir que frente a lo reverenciado, entendido o no, a las razones, dogmas, reglas morales o frente a los amores queda lo sobrenatural, lo mítico. Es como el hombre al descubrir la naturaleza y no explicársela cree en seres sobrenaturales y éste creer se convierte en una creencia que se vuelve un mito al pasar de generación en generación.

Dice Lily Pincus y otros en su libro « Secretos de familia» que

« ...el concepto de mito no es fácil de definir: podemos utilizarlo para describir una falsificación de una situación o podemos utilizarlos para significar historias o leyendas que revelan en lugar de esconder verdades esenciales subyacentes.. significando una creencia secreta o inconsciente o una actitud que mediante su aceptación general por generaciones sucesivas de una familia, se perpetua a sí mismo al determinar sus respuestas y conductas..»(PINCUS, 1982:14)

Podemos entender que la creencia se construye al buscar explicarse lo inexplicable. Que las creencias al pasar de generaciones en generaciones se configura en un mito. Mitos que como puntos nodales se inscriben en una sociedad determinando y siendo determinados por la cultura. Es precisamente en esa sociedad como la familia tiene un lugar central; es decir está igualmente el sistema familiar atravesado por las creencias y mitos culturales y por las construídas intrafamiliarmente; hablamos así de creencias familiares.

Dice Rudi Dallos en su libro «Sistemas de creencias familiares. Terapia y cambio» lo siguiente:

«...La palabra creencia también engloba otros dos aspectos importantes. El primero es que la creencia contiene la idea de un conjunto perdurable de interpretaciones y premisas acerca de aquello que se considera como cierto. El segundo, relacionado con el primero, es que existe un componente emotivo o un conjunto de afirmaciones básicamente emocionales acerca de lo que “debe ser cierto”...» (DALLOS, 1996:21)

Esta definición guiará mi reflexión, en tanto plantea la importancia de la condición de perdurabilidad, lo que nos dice de una permanencia en el tiempo; en una historia; cuya causalidad estaría no sólo en lo filogenético de la especie sino en lo ontogenético o construcción propia no solamente de una cultura en particular sino de un grupo o de una persona. Hablaríamos así en el traspaso de las creencias de una familia a la otra, a través de las generaciones; en las significaciones que se tejen de la realidad y que se consideran ciertas. Estas significaciones, indudablemente están determinadas en el afecto y en lo que el autor señala como «el componente emotivo», aquello que nos emociona y nos posiciona frente a lo que «debe ser cierto» en nuestra realidad. Son las simbolizaciones tejidas en el lenguaje a través de las diferentes formas de comunicación aprendidas y aprehendidas en nuestra historia.

Las creencias dentro de estos planteamientos, se vuelven determinantes; no solamente en los procesos y la dinámica familiar, sino que los comportamientos resultantes sirven para mantenerlos. Las creencias incluyen toda una gama de significados, en lo moral, lo cognitivo y lo emocional; vinculan tres aspectos fundamentales entre sí, como son los aprendizajes, las conductas y las emociones. Las creencias están relacionadas con los problemas personales, con la forma de resolverlos y con la necesidad de «mantener un equilibrio» dentro del grupo familiar.

Los miembros de una familia son interdependientes; en tanto, se ejercen influencia mutua sobre los comportamientos, los pensamientos y los sentimientos de cada uno en su convivencia en común. La visión circular de los problemas subraya esta interrelación a través de las mutuas «inter-influencias» desde una relación de acciones causales circulares. Dice el autor:

«... la acción de una persona influencia las acciones de la otra, que por su parte influye también sobre la primera» (*Idem*:36)

El autor hace una analogía entre las pautas compartidas de una familia con los patrones de conducta, en donde se comparte la dimensión de comprensión, la cual se expresa en diferentes términos o expresiones en el lenguaje que tienen significados subjetivos. Dentro del grupo familiar de María, las acciones del padre estaban relacionadas con las de la madre y la de ésta con sus hijas, formando unas pautas circulares de relación cuyas dimensiones centrales eran muy importantes.

Muchas creencias afloran en el diario ejercicio de la vida: algunas construidas socialmente, con la asignación de roles en función de los sexos; en términos de aquello que los miembros de un grupo familiar creen que la sociedad espera de ellos e intrafamiliarmente, como personas que forman parte de una familia, creando su propia realidad social. La

sociedad con la definición de roles genera unos comportamientos que indudablemente a su vez desarrollan otros dentro de la familia, los cuales se retroalimentan en la relación con esa misma estructura social.

Con relación a los planteamientos de María, identifiqué como puntos de análisis las siguientes relaciones: la relación de pareja de los padres de María estaba estructurada en unos roles construidos y definidos socialmente, en los cuales las creencias de lugares y de tareas se habían asignado y se asumían por ser una construcción social en la que se vivía. El cumplimiento o no de expectativas en esa relación de pareja que determinaba comportamientos a su interior, buscaba cumplir unas insatisfacciones a través de otras satisfacciones sustitutas. El papá de María daba las órdenes, ejercía su rol de esposo que provee 'pero a la vez que demanda una autoridad y la mamá aceptaba y cumplía estas órdenes. Los roles de esposo abastecedor y esposa cuidadora eran determinantes en su lugar de poder con tareas por fuera y dentro la casa. Es cuando María dice «*mi padre en la calle, mi madre en la casa*»; dan por ciertas las creencias sociales en cuanto los lugares del hombre «*en la calle*» y de la mujer «*en la casa*» con asignación clara de tareas en *cada uno de estos espacios*. María comentó que su madre sufría mucho ante las ausencias de su padre; lo cual nos hace pensar que su lugar como mujer era difuso, estando enmarcado dentro de su rol de esposa y de madre como formas sustitutas. El hombre es posible, que necesite que estas creencias sean ciertas; ante la exigencia de comportamientos de «macho» que una sociedad «machista» le demanda. La mujer valida su comportamiento de «mujer buena» en los roles que la sociedad le ha definido como ciertos. Es lo conocido, lo público, la realidad en la que se vive.

En el libro «Familias Siglo XXI» de Cecilia Salinas y otras se precisa sobre si la identidad se construye en la familia; argumentando que la «*construcción de la identidad de género es un proceso social.*» (SALINAS, 1994: 29). En el debate sobre este punto y que busca explorar el lugar subordinado de la mujer, definen este papel como un producto del ordenamiento patriarcal. Es decir, que si la sociedad se organiza desde la mirada del padre, desde su jerarquía y su poder; indudablemente se da un lugar principal de privilegio que lógicamente tiene su otro lugar complementario y de no privilegio en la mujer. Esta desigualdad estaría presente a través del tiempo y espacio histórico. Fue precisamente en la búsqueda de explicaciones de la «subordinación» de la mujer como se llegó al concepto de género como determinante en estas posiciones. Las jerarquías juegan un papel importante en las relaciones de poder caracterizando intrafamiliarmente esos lugares. En el caso de María, el padre tenía y ejercía una autoridad legítima y validada culturalmente que lo llevaba a establecer una relación de poder entre él como «superior» con unos derechos lo cual implícitamente

definía un «inferior» sin esos derechos. La sociedad así tiene un lugar de privilegio en la ubicación, cualificación y diferenciación de los géneros. Dicen las autoras:

«En la familia es donde la división sexual del trabajo, la regulación de la sexualidad y la construcción social y reproducción de los géneros se encuentran enraizadas». «...desde el género la familia se analiza en términos de cómo las funciones se distribuyen en el hogar, pero reconociendo el papel de la familia en la subordinación de la mujer» (SALLINAS, 1994: 31-32).

La familia se encuentra involucrada en el contexto más amplio de los valores sociales aunque emocionalmente no se sienta bien. La relación emocional es intensa, en tanto cambiar esos roles significaría cuestionar todo un marco social y una realidad compartida dentro de la cual se han dado una serie de adaptaciones para vivir en ese medio

Las relaciones de afecto al interior del grupo familiar, generan a su vez unas expectativas y unos comportamientos, cumpliendo roles determinados intrafamiliarmente; los cuales entran a conformar el haber de la familia en su red de lealtades invisibles y como moderador moral en lo bueno y lo malo al interior del grupo. En la familia de María el afecto se entendería desde las expectativas de la madre con relación a ella en que fuera la hija buena que le diera sus medicamentos y cambiara su enfermedad; moderando e identificándose al interior del grupo lo que era bueno y lo que era malo siendo lugares indudablemente sustitutivos a su vez del afecto que la madre creía no recibir del esposo. Se generaba en María el comportamiento de salvadora expresado en su rol aunque eso le significara simultáneamente el no reconocimiento de su hermana Lilia. Eran las lealtades a su madre, a su padre, a su hermana las que se entrecruzaban y le fueron construyendo la angustia.

R. Dallos cita a Bateson (1971:314)

«Lo más importante es el conjunto de supuestos o premisas habituales que se hallan implícitas en las relaciones entre las personas y su entorno, y que pueden ser verdaderas o falsas...premisas que rigen la adaptación (o desadaptación) al medio físico y humano. Utilizando las palabras de George Kelly, puede decirse que existen reglas por las cuales cada individuo “construye” su propia experiencia.» (DALLOS, 1996: 22)

Lo anterior, nos explica los estereotipos de relación entre la pareja de padres de María con relación a los roles supuestos que cada uno debía desempeñar en su realidad social. Es posible que el nivel de satisfacción como pareja fuera bajo para ambos; pero cumplían otros roles asignados. Podríamos decir que, sus lugares en la pareja al -aparentemente- no tener un anclaje emocional muy fuerte, generaban el hecho de que los roles de padres fueran cargados con sus posibles angustias canalizando en estos roles sus afectos no cumplidos. Se daba cuando el padre de María le decía a la madre que el podía hacer todo

lo quisiera fuera de la casa, tener otras relaciones; su esposa solo existía dentro de la casa. Ella entonces buscaba existir estableciendo y consolidando con su hija el papel de salvada por la salvadora de su hija.

Desde los planteamientos teóricos encontramos que un elemento central en la familia es el sentimiento de pertenencia que tienen o buscan sus miembros, la «sensación» y la «necesidad» de ser parte de ella. María como miembro de un grupo familiar necesitaba sentirse perteneciente a su grupo y asumía los lugares que le eran marcados y que le garantizaban la sensación de saberse y sentirse parte importante de ese grupo familiar. Esto se observaba en el rol que María jugaba de salvadora porque era su forma de saberse del grupo familia y además reconocida en un lugar especial; pertenecía a su familia y en la narrativa de la misma se comunicaba con ella desde estos lugares.

La tipos de comunicación dentro de los grupos familiares definen a su vez unos comportamientos acordes a ellos. La manera como se interpreta esta acción depende no sólo de la predisposición, actitud del emisor o del receptor sino del intercambio que se produce entre los dos. La madre de María le pedía a su hija la medicina que la curaba y en la acción de recibirla ella y dársela María se estaba construyendo la actitud del dador sanador y la del receptor sanado; lo cual creaba entre las dos simultáneamente lugares específicos a través de un convenio tácito. En el proceso de inducción que hizo la madre de María cuando ella era niña, la «instruyó» de una manera explícita verbal y de comportamiento consciente, pero también implícita, sutil e inconsciente, acerca de las creencias sobre el mundo y sobre las mujeres. La madre soportaba, se dolía por las ausencias del padre pero no reclamaba directamente, lo hacía a través de su enfermedad diciéndole de forma no verbal a su hija: «la mujer aguanta», «la mujer se calla», «la mujer no reclama», «la alternativa para la mujer es enfermarse» y además en la relación madre hija se definían estos roles y la solidaridad de dos mujeres. Eso de no reclamar un lugar es ser una «buena esposa», y ella como hija al ayudarla era una «buena hija». Era reconocida María como buena en tanto cumpliera su expectativa autocumplidora «de ser la hija esperada», actuando a su vez para complacer la expectativa de su madre; en grandes intentos por saberse querida y entender lo que estaba ocurriendo en su mundo familiar.

La madre de María demandaba unos comportamientos con base en sus necesidades, el abandono de su esposo la llevaba a pedirle a sus hijas la compañía que no tenía y las hijas respondían interpretando sus acciones como la relación de afecto cierta entre una madre y sus hijas. Se daba el intercambio de cumplir expectativas mutuas, en tanto la necesidad de afecto dirigía estos dos comportamientos en la comunicación. La creencia en María de ser la buena hija y la creencia en la madre de María de ser la mujer buena se entrecruzaban.

Las creencias entran a ser interdependientes en la manera como se percibe lo que la otra persona comunica y que está parcialmente determinado por aquello que el otro «espera» oír. El no ser mujer lo construía María en el padre-hombre.

Con relación al hombre significado en la relación con el padre, se enfrentó María a un padre que no sólo se ausentaba físicamente, sino afectivamente. Era un sujeto abastecedor, lejano y no asequible además significado en el dolor de una madre que sufría por sus ausencias. Era un esposo con el cual la madre de María no tenía un contrato único con un compromiso entre dos; tenía dos lados: de uno la posibilidad de tener él otras relaciones simultáneas y en ella la imposibilidad siquiera de pensarlas; y del otro el compromiso instrumental del apoyo económico en él y el contra compromiso de ella en atender los hijos, la casa y sus ausencias. Aunque él decía quererla, según María lo expresó, su querer estaba limitado espacial, y temporalmente. En su lugar de hombre sus salidas a fiestas las hacía solo expresando con esto el dominio de sus espacios y sus tiempos sin el compromiso de explicaciones ni la aceptación de reclamos. La realidad para la madre de María ante las ausencias y comportamientos de su esposo, era inaceptable e intentaba entonces distorsionarla para transformarla en algo más tolerable para ella, como era que su hija se preocupara por su enfermedad, a la que ella acudía como reclamo lícito de su situación. Era su forma de «castigar» al esposo, mostrándole cómo la hija no solamente se daba cuenta de sus ausencias y malos comportamientos sino cómo entraba a calmar «el dolor de la madre». En María las ausencias del padre las proyectaba de alguna manera, en los «distanciamientos» que se daban con su esposo como figura hombre y en sus búsquedas de reestructurar los lugares de género en su propio grupo familiar nuclear.

Se interiorizaron en la relación de María con sus padres las expectativas de lado y lado asumiendo una serie de actitudes específicas para cumplir con los «mandatos interiorizados». María comentó en su historia como sus padres habían abandonado muy pequeños a sus padres porque ellos los habían entregado a sus madrinas. Las dos abuelas habían criado solas a sus dos padres ante el abandono de sus respectivos esposos. Los mandatos señalaban hacia el lugar en solitario de la mujer frente a los hijos y ellos así mismo solos frente a sus hijos. El constructo soledad de la mujer se instauraba generacionalmente. Los padres de la paciente constituían un matrimonio cuyos vínculos familiares con sus padres y hermanos respectivos no se alimentaron, era una pareja solitaria buscando crear una nueva familia. No existían tíos, tías o abuelos cercanos con los cuales María pudiera establecer otras formas de relación que le dieran otras alternativas vinculares y de alianzas.

María era leal a su madre ayudándola, además posibilitándole cobrarse el abandono del padre; la madre establecía su lealtad dándole un lugar especial. Esto generaba la no lealtad

con el padre; con su hermana; lo que generaba conflicto en los afectos de María. Se establecía una lealtad obligatoria mutua, que al no ser cumplida generaba sentimientos de culpa como fuerzas reguladoras del sistema. La estructuración de esta «lealtad invisible» estaba determinada en la historia del grupo familiar, los deberes asignados y asumidos y las creencias intergeneracionales. María se sentía culpable cuando su madre se enfermaba porque era expresar la angustia de la dualidad de sus lealtades.

Dice Dallos:

«Como resultado del incremento del aislamiento de la familia nuclear con relación a los otros parientes, es posible que sea difícil para los hijos acceder a lo que podrían ser de otra forma sus aliados potenciales.» (DALLOS, 1996:148).

La necesidad de afecto y el constructo social como el deseo de ser una buena hija o comportarse como una hija respetuosa primaba de parte de la paciente en su relación con su madre aunque eso le generara dolor en relación con su hermana. Los valores de «ser buena o ser mala hija» en esta familia se marcaban desde lo cultural a través de los juicios de valor o normas que regulan los grupos y específicamente los grupos familiares. Los hijos deben obedecer a sus padres, los padres todo lo hacen es por el bien de sus hijos; los padres se sacrifican por lo hijos y éstos deben obedecer y cumplir sus pedidos porque si no son hijos irresponsables, malos hijos. Ser buena hija en esta familia era obedecer a su madre, expresarle dolor y consideración en su enfermedad y sobretodo aliviarla de ella. Estas acciones eran muy apreciadas por su madre; además lo que su madre pensara y creyera sobre ella era fundamental; era una persona muy importante para ella. Su madre le decía que ella era una muy buena hija y María se sentía que así lo era. La relación así enfermedad-buena hija se incrustó en María de tal forma que no serlo la llenaba de angustia porque era ser mala hija.

Cita el autor a Berger y Luckman (1973) con relación al concepto de «generalización a partir de los otros»:

«...el niño desarrolla su sentido de identidad por el conocimiento que adquiere a través de lo que piensan de sus acciones personas importantes para él con las que entra en contacto, tales como sus padres. Gradualmente el niño empieza a interiorizar esto para formarse una idea de lo que es probable que esas personas piensen y crean. Más tarde esto se generaliza a una perspectiva más amplia acerca de los valores y normas correctas, que enseña la sociedad...» (DALLOS, 1996: 154).

Concluyendo y a partir de las elaboraciones teóricas y su relación con las experiencias planteadas por María, podemos decir que un aspecto esencial de las relaciones dentro de cualquier grupo o familia, es que la gente tiene un conjunto de creencias sobre la naturaleza de las relaciones y no simplemente acerca de los individuos que forman parte del sistema.

En las relaciones dentro del grupo se definen unos roles a partir de las creencias y se espera que se cumplan porque están definidos desde el lugar especial y único de los progenitores. Así es posible mantener una construcción común acerca de las relaciones dentro del grupo y además hacer la anticipación relativa de cómo se comportarán los demás.

En la familia de María, el haber compartido experiencias similares no los hacía semejantes, sino que esta semejanza se dio porque construyeron los acontecimientos de igual forma. Es decir, la interpretación de los sucesos vividos por las dos hermanas en sus relaciones con sus padres fue enmarcada en una forma constitucional en base a las diferencias que aprendieron a identificar y las consecuencias de las mismas.

Es la cultura intrafamiliar con sus *creencias* y valores la que participa de forma directa en estas posiciones de vida. Es decir, la realidad que la familia ha construido actúa y regula el proceso de construcción de cada uno de sus miembros como podemos deducirlo de los planteamientos de algunas creencias familiares de la paciente que la llevaban a actuar de tal manera, siendo reguladas estas formas por el sistema familiar. Los padres de María atribuían significados especiales a las acciones de sus hijas y con esto regulaban activamente las experiencias de ellas.

CONCLUSIONES

- Los legados intergeneracionales participan de manera fundamental en las creencias que, como pilares de acciones, se establecen en la conformación de la cultura familiar.
- La familia funciona en términos de «lealtades invisibles» transmitidas a través de las generaciones. En estas transmisiones se definen los lugares de «buenos y malos» como una forma de regular y mantener su dinámica.
- Inevitablemente es dentro del grupo familiar como en las relaciones con los padres se estructuran y definen unas creencias que intervienen de manera clara no sólo en las relaciones intrafamiliares sino en el desarrollo de los hijos y en las posiciones que como sujeto adulto toman en los diferentes roles en que se desempeñan.
- Las creencias posibilitan una continuidad en el tiempo y cierta previsibilidad que asegura una permanencia. Crean un hilo conductor a través del pasado con una actualización en el presente y posible continuidad en el futuro. Es muy difícil desbaratar una creencia en tanto ella es un saber de lo conocido, lo seguro frente a la imprevisibilidad de lo desconocido y posiblemente inseguro.

- Es posible llegar a redefinir o por lo menos aprender a manejar una creencia cuando se enfrenta el sujeto a un sufrimiento que lo angustia y que no entiende y busca ayudas que le permitan reencontrarse con sus creencias, cuestionarlas y entenderlas.

BIBLIOGRAFÍA

- BOSZORMENYI, IVÁN Y SPARK, GERALDINE. *Lealtades Invisibles*. Amorrortu Editores, 1983. Buenos Aires, Argentina.
- CARO BAROJA, JULIO. *Las brujas y su mundo*. Alianza Ed., 1993, Madrid, España.
- DALLOS, RUDI. *Sistemas de creencias familiares. Terapia y cambio*, Paidós, 1a. edición, 1996. Buenos Aires, Argentina.
- DILTS, ROBERT. *Las creencias*. Urano, 1996, Barcelona, España.
- PINCUS, LILY Y DARE, Christopher. *Secretos en la familia*. Cuatro vientos Editorial, 1982.
- SALINAS, C, y OTRAS. *Familias Siglo XXI*, Isis Internacional, 1994. Ediciones de las mujeres No.20.
- WATZLAWICK, PAUL, HERMICK B, JANET Y JACKSON DON. *Teoría de la comunicación humana*. Editorial Herder. Tercera Edición, 1983. Barcelona, España.
- WOLMAN, BENJAMÍN. *Diccionario de ciencias de la conducta*. Editorial Trillas. Primera Edición, 1984. México D.F.